



20 AÑOS DE ECONOMÍA AUTONÓMICA **ARAGÓN** 

Las claves de un cambio histórico: Aragón ante su próxima gran transformación



Eva Valle

Consejera de Economía, Competitividad y Empleo del Gobierno de Aragón

Aragón está viviendo uno de los periodos más ilusionantes de su historia reciente. Con una base económica sólida y fortalezas bien asentadas, la Comunidad se ha convertido en foco de interés para grandes inversores internacionales en sectores estratégicos, con anuncios que suman 90.000 millones de euros.

Tenemos hoy la oportunidad de transformar nuestra economía y situarnos a la vanguardia de las regiones europeas más avanzadas, en beneficio de los ciudadanos. La misión del Gobierno de Aragón en esta nueva legislatura es en lo económico, hacer todo lo posible para conseguir este objetivo.

El mundo está en plena transformación, inmerso en una revolución tecnológica acelerada que está cambiando la economía mundial y en una transición energética especialmente clave en el continente europeo. En este contexto, las decisiones que tomemos hoy serán determinantes para poder aprovechar las muchas oportunidades que se abren y para asegurar el bienestar de los aragoneses en las próximas décadas. No estamos ante una etapa más.

Pero este nuevo ciclo se abre en un momento complejo en las relaciones internacionales, marcadas por una elevada incertidumbre, tensiones comerciales y cambios en las reglas multilaterales que han estado en la base del crecimiento y la prosperidad en las últimas décadas. Este contexto supone un reto importante para una Comunidad agrícola y ganadera, industrial y fuertemente exportadora como Aragón.

Hablemos de las fortalezas

La primera es nuestra posición logística, con una situación en el cruce de los principales ejes económicos del país. En un mundo en el que la seguridad de suministro, la proximidad a los mercados y la resiliencia de las cadenas productivas son estratégicas, la localización cuenta y Aragón ocupa un lugar privilegiado.

La segunda fortaleza es energética. En plena carrera por la descarbonización, disponer de capacidad de generación renovable e hidráulica no es solo una oportunidad medioambiental, sino una ventaja industrial. La energía limpia, abundante y competitiva será uno de los factores que más pesen en las decisiones de inversión de los próximos años.

A ello se suma una infraestructura digital sólida y cada vez más relevante, así como dos activos menos visibles, pero decisivos: el capital humano y la capacidad de acuerdo. La conectividad y la atracción de actividades intensivas en datos sitúan a Aragón en una posición singular, pero ninguna transformación será sostenible sin trabajadores cualificados, instituciones solventes y un clima de estabilidad, como el que predomina en nuestra Comunidad.

Ahora bien, esas fortalezas no deben llevarnos a la complacencia. Una economía abierta como la aragonesa es especialmente sensible a los cambios regulatorios, a la presión competitiva internacional, al cierre de mercados y a las alteraciones en sectores clave como la automoción, la agroalimentación o la industria manufacturera.

Todo ello nos obliga a diversificar aún más, a abrirnos a nuevos sectores, como los tecnológicos, pero también a aquellos con demanda creciente como defensa, aeronáutico o aeroespacial. Y, por supuesto, a buscar activamente nuevos mercados, mientras simultáneamente garantizamos a nuestros sectores agrícolas, ganaderos e industriales que se compite aplicando las mismas reglas del juego para todos.

En este contexto, la ola inversora es una palanca de potencial inmenso. El reto es que permee en el territorio y no quede encapsulada en unos pocos proyectos de gran tamaño.

Aragón debe aspirar a que las inversiones tecnológicas, energéticas e industriales generen un efecto tractor real sobre el conjunto de la economía, sobre su tejido empresarial, sus centros de formación, su sistema universitario y el conjunto de sus comarcas. Deben ser capaces de contribuir a elevar la productividad, abrir oportunidades a las pequeñas y medianas empresas y crear empleos de calidad.

En esta tarea, destaco algunos elementos esenciales. En primer lugar, la formación será central. Harán falta más perfiles técnicos, digitales e industriales; una formación profesional conectada con las necesidades reales de las empresas; y más cooperación entre universidades, centros tecnológicos y tejido productivo. El verdadero éxito no es solo atraer capital, sino disponer del talento necesario para aprovecharlo aquí.

También será imprescindible cuidar los sectores que ya sostienen buena parte de la prosperidad aragonesa. La automoción, la agricultura y la ganadería, la agroalimentación, la logística o los bienes de equipo no son algo del pasado, sino parte esencial del futuro. La transición hacia el vehículo eléctrico, el avance a una agroindustria con más valor añadido y una logística más sofisticada exigen acompañamiento, inversión e innovación.

Hay, además, una cuestión de fondo: el proyecto económico para Aragón debe traducirse en cohesión social y territorial. Crecer más no basta. Importa también cómo se crece, dónde y quién participa en ese crecimiento. Una Comunidad

como la nuestra, con las tasas de desigualdad más bajas del país, con fuerte identidad territorial y con un peso importante del mundo rural no puede permitirse una modernización que deje zonas atrás.

Eso exige que el impulso inversor se acompañe de vivienda, infraestructuras, servicios públicos y equilibrio territorial. Exige también administraciones ágiles que no renuncien al rigor, que hagan el uso adecuado de los recursos públicos, que sean capaces de apoyar la actividad económica allí donde es más necesario y con el punto de mira en el interés general, y con la disposición de dialogar con empresas, trabajadores y sociedad civil desde una visión compartida de futuro.

Desde el Gobierno de Aragón utilizaremos todos los instrumentos a nuestro alcance para aprovechar el momento. Pero no todo depende de nosotros: también son necesarias decisiones que acompañen esta agenda desde el Gobierno central en ámbitos tan relevantes como energía, financiación autonómica, regulación medioambiental, fiscalidad o defensa de nuestros intereses en Europa o en el mundo.

Aragón tiene hoy una oportunidad excepcional. Pocas veces coinciden de manera tan clara una base económica robusta, una agenda tecnológica transformadora, una posición logística estratégica, una ventaja energética diferencial y un clima institucional regional favorable. Pero las oportunidades no garantizan nada por sí solas: solo se convierten en progreso cuando se traducen en decisiones acertadas, prioridades bien elegidas y perseverancia colectiva. Esta es la agenda –y la responsabilidad– que nos espera en los próximos años.

El proyecto económico para Aragón debe traducirse en cohesión social y territorial



Aerogeneradores en Monegros (Aragón). ISTOCK